

# LA ANCIANA

LUIS FERNANDO AFANADOR

# DE LOS GATOS

**M**ilan Kundera abogaba por la recuperación del ensayo dentro del género novelístico. Un ensayo provocador, creativo y leve, en el mejor sentido que el escritor checo le dio a esa palabra. La novela-ensayo, que alcanzó su cota más alta con los centroeuropeos —Musil, Broch— y de cuya tradición él se declaraba heredero. “Una novela que no revela un aspecto desconocido del ser humano, es inmoral”, solía decir Kundera, quien incursionó en la novela de ideas con un gran éxito editorial en los ochenta. Una moda, si se quiere: sus novelas ahora muy poco se leen. ¿Qué pasó con Kundera? En su momento, algunos lo criticaron porque su talento —o su truco— consistía, además de su anticomunismo, en hacer sentir intelectuales a sus lectores de una manera muy fácil. Es posible. Aunque yo agregaría algo más. Creo que la novela de ideas, por filosófica que pretenda ser, debe también crear personajes memorables y Kundera no lo logró. Las ideas encarnan, como nos lo recuerdan Settembrini, Naphta y, por supuesto, Iván Karamazov. Como nos lo recuerda, en estos tiempos, J. M. Coetzee en sus novelas, con sus alter-egos John y la maravillosa señora Elizabeth Costello.

Elizabeth Costello nace en una novela homónima de Coetzee, publicada

Elizabeth Costello busca incomodarnos, sacudirnos, con cada una de sus disertaciones. Sin embargo, en el tema de nuestra relación con los animales es donde parece ser más radical.



Hasta allí llegara su hijo John, filósofo y profesor en una universidad norteamericana, a tratar de convencerla de regresar a la “civilización”

en 2003. Nace, o la conocemos, un tanto mayor: de 66 años. Es australiana, autora de varias novelas, libros de poesía, ensayos y artículos periodísticos. La obra que la catapultó a la fama y que generó “una pequeña industria crítica alrededor de ella”, fue su cuarta novela, *La casa de Eccles Street*, cuya protagonista es Marion (Molly) Bloom en *Ulises*, de James Joyce. Novela de ideas, pura y dura: Elizabeth Costello da ocho conferencias en diferentes lugares del mundo, en universidades y en un extravagante crucero para millonarios, sobre diversos temas: el realismo, la novela africana, la vida de los animales —en dos partes—, las humanidades, el problema del mal, *Eros* y *El Juicio Final*. En la conferencia sobre el realismo, como era de esperarse, ajusta cuentas con las novelas que pretenden ser un fiel reflejo del mundo. El mundo se ha roto irreparablemente y ya no hay espejos —ni novelas— que la puedan reflejar: “Había una época, creemos, en que podíamos decir quiénes éramos. Ahora no somos más que actores que recitamos nuestros papeles”. El realismo, además, se basa en la falsa premisa de que “solo pueden existir las cosas, que las ideas no tienen existencia autónoma”. Y cuando es preciso darles existencia, “inventa situaciones, paseos por el campo, conversaciones, para que las ideas encarnen”. Pero, como lo demostrará Elizabeth Costello en esta novela, las ideas no necesitan excusas para existir, para flotar en libertad.

Elizabeth Costello busca incomodarnos, sacudirnos, con cada una de sus disertaciones. Sin embargo, en el tema de nuestra relación con los animales es donde parece ser más radical. No solo denuncia la violencia contra los animales: compara a los matade-

ros con los campos de exterminio nazi, por ser una forma industrializada de muerte. Sus polémicas conferencias siempre son ante un auditorio adverso, que no resulta indiferente ante sus argumentos, por la pasión y la lucidez con que razona. “Cuando cerré el libro me descubrí furiosamente irritado contra todo lo que ella sostenía y a la vez conmovido hasta los huesos por esta viejecita pugnaz y formidable”, dijo Mario Vargas Llosa.

La siguiente aparición de la perturbadora señora es en la novela *El hombre lento* (2005), en la cual aparece hacia la mitad, para concientizar al protagonista, Paul Rayment, un ex fotógrafo solitario de 60 años que acaba de perder una pierna en un accidente y se enamora de Marijana Jokic, una inmigrante croata de mediana edad, casada, con tres hijos, algo gruesa y con aire de matrona, pero todavía de una belleza perturbadora. Un necesitado amor crepuscular que incluirá el mecenazgo de los hijos de Marijana, porque ha llegado a la conclusión de que no tener hijos fue el gran error de su vida: “Ahora, por el contrario, no tener hijos le parece una locura, una locura gregaria, incluso un pecado. ¿Qué mayor bien puede haber que crear más vida, más almas? ¿Cómo se llenará el Paraíso si la Tierra deja de enviar sus cargamentos?”. La intervención de Elizabeth Costello, en una suerte de *deus ex machina*, busca despertar en “el hombre lento” un poco de malicia, hacerle ver su ridículo rol de pelele y ayudarlo a desprenderse del cuerpo y sus vanas fantasías: “¡Ah, la juventud!”.

En *Siete cuentos morales* (2018), el último libro publicado por Coetzee (primero en español que en inglés), volvemos a ver a la señora Costello en cinco de los cuentos. Con

¿Cuál es el saldo de la belleza? ¿En qué hace bien? ¿Nos hace mejores?”. Llegaremos a las puertas del cielo con las manos vacías, diría la escéptica e irónica Elizabeth Costello.

el mismo espíritu indómito, arrogante y obstinado, pero con más achaques de salud. Tiene ya 72 años, problemas cardíacos, cojea, y vive en un pueblo olvidado de España, rodeada de gatos salvajes y con un hombre, Pablo, en situación de discapacidad mental, que ha acogido para evitar que lo encierren los Servicios Sociales: ha sido pillado haciendo exhibicionismo con mujeres jóvenes y con niños. Proteger a los gatos salvajes y a Pablo, la hacen tener una relación conflictiva con el pueblo. Hasta allí llegará su hijo John, filósofo y profesor en una universidad norteamericana, a tratar de convencerla de regresar a la “civilización” —le ofrece su casa, en la que vive con su esposa y sus hijos— y abandonar los peligros a los que se ve expuesta con su vida “primitiva” y su avanzada edad. Años antes, su hija Helen, que vive en Niza, en complicidad con John, había tratado de convencerla de alquilar un apartamento en su mismo edificio para cuidarla: “Gracias, pero tenemos gente muy competente en Melbourne, gente preparada para atender a ancianos y sus pequeñas urgencias”. Fue la primera defensa contundente de su soledad.

Quiere concentrarse en morir bien, tener una buena muerte. ¿Qué es para ella una buena muerte? “Una buena muerte ocurre lejos, en algún lugar donde gente extraña se hace cargo de los restos mortales, gente que está en el negocio de las fu-

nerarias. De una buena muerte, uno se entera por telegrama: *Lamento informarle que... etcétera*. Es una lástima que los telegramas hayan pasado de moda”. ¿Y no tener a nadie al lado que te sostenga la mano? Es antisocial. Inhumano. Falto de afecto. “No está bien morir a solas”, le replica Helen. Elizabeth les agradece que se preocupen, que piensen en ella. Pero no cede. Más bien contraataca con un sarcasmo político. Le propone a John, que él y su familia dejen de vivir “en el vientre del Gran Satán” y se ofrece a recibirlos en Australia, como invitados... o refugiados. A continuación, invita a sus dos hijos a cenar en un pequeño restaurante de Niza que le gusta mucho. “No arruinemos este hermoso día con discusiones”.

*Ad portas* de la muerte, reflexiona sobre el deseo sexual, la vejez, el suicidio, la historia —“deploro el rumbo de la historia” —, el arte de contar historias —“todavía me dedico a la narrativa, todavía no he descendido a andar pregando mis opiniones” y la belleza, con la cual ha convivido: “Lo que me pregunto ahora es: ¿de qué me ha servido toda esa belleza? ¿No será la belleza otro objeto de consumo, como el vino? Uno bebe, lo traga y nos da una breve sensación placentera, embriagadora, pero ¿qué queda? Lo que el vino deja de saldo, con tu perdón, es la orina; ¿cuál es el saldo de la belleza? ¿En qué hace bien? ¿Nos hace mejores?”. Llegaremos a las puertas del cielo con las manos vacías, diría la escéptica e irónica Elizabeth Costello. Todo es inútil. Porque todo artista verdadero habita en “la duda de Cézanne”. Por eso, la que debe responder esas preguntas no es ella, sino su hija:

“Lo que no vas a decir es que lo que has escrito ha cambiado la vida de los otros, ha hecho de ellos seres humanos mejores, o algo mejores. No soy la única

que lo dice. Hay gente que dice lo mismo, gente que no es conocida nuestra. Me lo dicen a mí, en la cara. No porque tus obras contengan lecciones sino porque son una lección”.

Habla de muchos temas, pero no olvida su tema central: la vida de los animales. Su hijo, al revisar sus papeles, encuentra un ensayo sobre Heidegger: “Con respecto a los animales, Heidegger sostiene que su experiencia del mundo es limitada, que carece de algo: la palabra que usa en alemán es *arm*, pobre. Su experiencia del mundo es pobre en comparación con la nuestra: es pobre en sentido absoluto”. Al parecer, no estaba pensando en animales en general, sino en garrapatas. Y las garrapatas solo captan vibraciones que anuncian la proximidad de una criatura de sangre caliente. Con respecto al resto del mundo la garrapata es sorda y ciega. “Por eso mismo, en el lenguaje de Heidegger, la garrapata es *weltarm*, pobre de mundo”. Costello, nos recuerda que Heidegger tuvo un famoso *affaire* con Hannah Arendt, cuando ella era alumna suya. Algo de lo que nunca habló. Y se pregunta si Heidegger, cuando Hannah golpeaba a su puerta, ¿no olvidaba su razón, su orgullo de ser hombre, formador de mundo, su *ein Mensch*, y ante la sangre caliente, no se volvía sordo y ciego, como la garrapata?

¿Sienten dolor los animales? ¿Sufren? ¿Carecen de alma racional como decía Descartes? Leyendo los diarios de su madre, John se entera de que ella estuvo en una conferencia de un tal Gary Steiner sobre la influencia de Descartes en nuestra manera de pensar sobre los animales. “Los animales son capaces de sentir dolor pero incapaces de sufrir”. Pero no es esta frase lo que la aterra sino la descripción que hace Steiner sobre la forma en que el filósofo

francés abre un conejo vivo con un escalpelo para hacer un experimento. Sintió ganas de ponerse de rodillas y pedir perdón “por Steiner, por René Descartes y por toda la banda de asesinos que somos”. En otra entrada del diario, la madre comenta un libro de Marian Dawkins, *Why Animals Matter* (Por qué importan los animales). ¿Tienen los animales una mente? Es difícil responderlo científicamente. Pero no se trata eso, se trata de sentir su interioridad, se trata de empatía, no de racionalidad. Ahí entiende Elizabeth Costello el sentido de su vida, su misión: hacer visibles a esas criaturas anónimas que trituran en los criaderos. “Escribo para ellos. Tuvieron una vida tan breve, tan fácil de olvidar. Dejando a Dios de lado, soy el único ser del universo que los recuerda”.

Un escritor australiano, amigo de Coetzee, fue a la India a dar un ciclo de conferencias sobre literatura australiana contemporánea y en una de las universidades que visitó, le pidieron que les hablara sobre la autora Elizabeth Costello. El personaje de ficción había encarnado. ■

---

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.

